

Presencia de Severo Sarduy

CRISTIAN VILA RIQUELME

Conoci al disidente escritor cubano Severo Sarduy en París, un día de diciembre de 1981, cuando pasé a verlo a las Editions du Seuil donde era editor de literatura latinoamericana (fue el editor en francés de García Márquez, Sabato, José Donoso, Rinaldo Arenas, Carlos Franqui y otros).

Hacia poco menos de un mes me había escrito una generosa carta sobre el manuscrito de una novela mía que, posteriormente, me regalaría a publicar en la única editorial española que me lo ofreció (todas las otras la rechazaron sistemáticamente, con mayor o menor franqueza) y que debe haber sido interpretada como un acto de esúpida soberbia... Recuerdo que envié una larga carta a Severo sobre esa decisión (mi novela era sobre el malentendido y se había transferido por quien sabe qué arte de mala magia —o de mala escritura—, ella misma, en uno). Me respondió casi igual que mi maestro Sabato: uno es el único dueño de lo que escribe; lo importante es tener la fuerza necesaria para decisiones así, que son siempre solitarias y dolorosas.

Severo solía ir por el Flare, en Saint-Germain des Prés, como cumpliendo un rito que, según él,

preservaría la tradición existencialista parisiense de los Sartre, los Boris Vian y otras Simone de Beauvoir contra los horribles McDonald's y otros *fast foods* de la ninguna tradición yanqui.

Muchas veces estuve allí con él degustando el inefable Bloody Mary de las siete de la tarde y escuchándole anécdotas de "Gabo", "Mario", "Lezama" y otros próceres del *boom*, que él contaba, entre alelado y nostálgico, con ese inigualable acento cubano tan suyo. Recuerdo una que tenía relación con García Márquez, Gabo: una tarde o una mañana, no recuerdo bien, Severo recibe una llamada desde el aeropuerto Charles de Gaulle. Es García Márquez, quien le dice que vaya inmediatamente para allí, porque le trae una sorpresa. Y la sorpresa es nada menos que la mamá de

Severo, a quien éste no veía desde que había salido de Cuba a principios de los 60, y a la que Gabo había conseguido llevar a visitar a su hijo por mediación personal ante su amigo Fidel.



La figura de Severo por las calles del Quartier Latin parecía salida de alguna barroca novela latinoamericana que tanto le gustaba leer y escribir. Era un hombre alto, no muy gordo, con rasgos negroides de mulato, pelo

devorarlo todo, de apropiarse todo con ese afán pantagruélico de no dejar nada fuera de su zona de influencia, hasta que un Severo fuera posible allí y de esa manera, como también cualquier de pasos, estrambóticos o tristes latinoamericanos perdidos en París la maldita.

La escritura de Severo reconocía filiación directa en el viejo Lezama Lima. Tanto así que, por ejemplo, en su novela *Maitreya* urde su trama en función de algunos personajes de Lezama, como una prolongación de lo que se quedó en el interior del lector. La búsqueda del lenguaje, "el barroquismo de su invención" (dijo Severo), los planos paralelos e imbricados como un juego de cajas chinas, hacen de su escritura un formidable intento de recreación de la palabra y de la vida, un *revisé de la trama*, una inscripción de gestos en el aire, una danza. Preocupado por los simulacros, por el maquillaje, por la moda, por *las mise en scène* que conforman estas vidas y estas muertes, por *los juegos de aparición y desaparición* en el puro artificio de la existencia, Severo había hecho del *homo* o *héroe*, su espejo. Tenía gran admiración por el Dalí Llama, de tanto en tanto hacía algunas escapadas donde los maestros zen y nunca le tuvo miedo a "la trivial-

dad". En ese derroche de colores, pasos de merengue, ornamentos, líneas que se cruzan, máscaras que ponía y sobreponía en sus textos, hay una manera de amar y de afirmar la vida como latinoamericano. Como también en su lado no diríamos oscuro, sino que introspectivo, íntimo y silencioso que afloraba en sus pinturas—tapices descoloridos por el tiempo, entristecidos por alguna corriente de aire que los arrancaba a su muestro: la vida, aquella que vivió a fondo, estaba en toda su magestad.

La última vez que lo vi, poco antes de regresar ya a este Chile de tigres y volcanes, andaba por la existencia con las bridas de un adolescente. Se había ido a vivir a un departamento de soltero, había cambiado Seuil por Gallimard, estaba más delgado. Dispuesto a "reconstruir una nueva vida, a rejuvenecer", como se dice con ese humor que uno no sabía si iba en serio o no. No supe de enfermedad ni nada parecido y me enteré de su muerte por una amiga común, la pintora Irene Domínguez, que se encontró a su vez por un suplemento literario. Tenía 56 años y yo no cabe duda que de seguir viviendo habría continuado su proceso "rejuvenecedor". En su novela *Chibri*, el personaje se escapa de la jaula (estos pájaros mueren en cautiverio), como también se escapan las palabras y la vida misma. Me enseñaba pensar que tal vez la muerte de Severo es el simulacro o la *mise en scène* de esa huida.

(El autor es escritor)

Presencia de Severo Sarduy [artículo] Cristian Vila Riquelme.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vila, Cristián

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presencia de Severo Sarduy [artículo] Cristian Vila Riquelme. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa